



Comentario bibliográfico

Bonnie G. Smith, *El género de la historia: hombres, mujeres y prácticas históricas* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2022).

Bruno Allen Mendez

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires

brunomendez1993@outlook.com

Fecha de recepción: 18/08/2024

Fecha de aprobación: 05/11/2024

Smith es una reconocida historiadora estadounidense, doctorada en la Universidad de Rochester en 1976 y profesora emérita de la Universidad de Rutgers. Entre sus investigaciones y publicaciones más destacadas se encuentran: "El género de la historia: hombres, mujeres y práctica histórica" (1998), "Historia de la mujer en perspectiva global, volumen 1" (2004), y "Actos inmodestos: la vida de una monja lesbiana en el Renacimiento. Italia" (1985). Además de la labor académica, Smith fue una ferviente defensora y activista en defensa de los derechos humanos.

En 1998, Bonnie Smith escribía *The Gender of History: Men, Woman and Historical Practice*, un análisis erudito que mixturaba una fuerte crítica teórica a la práctica historiográfica patriarcal con el rol de las mujeres como profesionales del conocimiento histórico. Más de dos décadas después, la llegada de este libro, traducido por María Teresa D'Meza y Rodrigo Molina-Zvalía y

publicado por la Universidad Nacional de Quilmes, no solamente amplía su acceso a parte de la comunidad académica que no conocía la obra, sino que también da cuenta de la actualidad de sus planteos.

En *El género de la historia: hombres, mujeres y practica histórica*, Smith ofrece una innovadora visión sobre la profesionalización de la historia. Mientras que diferentes obras de historia de la historiografía han realizado un esquema sobre el surgimiento disciplinar de la Historia, Smith propone visibilizar aquello que no se ha dicho, nombrado o explorado en este proceso. A través de un análisis acertado, destaca las luchas que las mujeres enfrentaron para que sus trabajos fueran reconocidos y valorados en un contexto predominantemente masculino y androcéntrico. En consecuencia, examina la relación entre el género y la práctica histórica, destacando como la construcción de la disciplina se centró en la experiencia masculina, marginando a las mujeres. Smith muestra como la opresión, de manera interseccional, las mantuvo fuera de la profesionalización de la disciplina histórica. Además, explora cómo las luchas y teorías feministas han deconstruido conceptos y estereotipos que quedaban ocultos dentro de la labor historiográfica. De esta manera, la autora cuestiona si las primeras mujeres que se profesionalizaron debieron socializarse como hombres para lograr insertarse dentro de la “academia” y evitar que se pusiera en duda la rigurosidad científica de sus escritos.

Smith analiza la distribución de roles de género asociados a las temáticas de investigación, mediante el análisis de diversas obras de historiadores e historiadoras europeos, incorporando también producciones estadounidenses, en un corte cronológico que abarca desde el siglo XVIII hasta el siglo XX. A partir de este enfoque, concluye que los acontecimientos violentos, como revoluciones y guerras, son abordados por hombres, mientras que las mujeres quedan relegadas a la historia de la moda, la sexualidad, la historia de la mujer. A lo largo del libro, Smith reconstruye el lugar de la mujer dentro de la disciplina y como se aparta de esta historia “superficial”¹:

La inclusión de las mujeres en la historia implica necesariamente la redefinición y ampliación de nociones tradicionales del significado histórico, de modo que abarque la experiencia personal y subjetiva, lo mismo que las actividades públicas y políticas².

1 “Historia superficial” es un concepto que emplea Smith en la introducción del libro al diferenciar los temas de investigación de hombres y mujeres: la historia prestigiosa basada en una reflexión profunda, relacionada a la política era cosa de hombres, mientras que las mujeres quedaban relegadas a una temática más frívola y superficial del pasado.

2 Joan Scott, *El género, una categoría útil para el análisis historiográfico* (Oxford: Oxford University Press, 2000), 3.

Estas nuevas prácticas interseccionales contribuyen al desarrollo de la disciplina al proponer nuevas categorías de análisis histórico.

El libro original fue publicado en 1998 por la editorial de la Universidad de Harvard. Está compuesto por una introducción y ocho capítulos que abordan diferentes aspectos que atañen a la construcción de la disciplina histórica, el trabajo del historiador varón y el lugar ocupado por la mujer en ese ámbito.

En la introducción, la autora ofrece una síntesis general de sus objetivos y sus planteos, resumidos en la metáfora del *espejo de la historia*. “Al mismo tiempo que refleja fielmente el pasado, el espejo refleja supuestamente acontecimientos pretéritos con mayor precisión que cualquier otro instrumento o herramienta” (p. 15). Smith plantea que la historia ha sido, en su mayoría, un monopolio de las masculinidades hegemónicas, donde el sujeto cognoscente es indiscutidamente varón y la mujer queda relegada al ámbito doméstico y excluida del académico. Según la autora, el espejo de la historia refleja una verdad histórica que representa imaginarios y supuestos universales, bajo la mirada de un sujeto cognoscente, masculino y occidental. Como resultado, el discurso de los primeros historiadores del siglo XIX privilegió la producción de las historias de “Grandes Hombres”, ya que respondía a una necesidad sociopolítica de legitimación estatal. Esto evitó que las mujeres defendieran sus propias voces, quedando relegadas a la escritura *amateur*. En contraste al ideal racional masculino, al presentar figuras femeninas, se resaltaban aspectos como la vanidad, la obsesión por la moda, la sexualidad desmedida, el amor al lujo y el consumo excesivo en frivolidades.

El primer capítulo, titulado “La ruta narcótica hacia el pasado”, aborda y problematiza la figura del *genio*. Smith define esta figura como el modo en que los historiadores románticos escribieron entre 1750 y 1830, interpretándola como la de un individuo creativo, perturbado, marcado por la locura y un frenesí divino, en contraste con el historiador profesional. También explora la relación entre la producción historiográfica y la adicción al opio como escape de la realidad, en el contexto de la revolución francesa, y se pregunta cómo esta actividad “recreativa” influyó en la construcción y concepción del pasado histórico. Particularmente, el capítulo se centra en la obra y vida de la autora G. Steal, destacando la influencia que ejerció en las mujeres que accedieron a

sus textos y el modo en que estos fueron recepcionados por las historiadoras profesionalizadas y socializadas en un mundo académico masculino. En conclusión, la narcohistoria, una de las creaciones conceptuales de Smith, dejó marcas poéticas, influenciada por las adicciones de G. Steal, las cuales se reflejan en su producción académico-literaria. En sus textos, Steal, se posicionaba como oradora de los acontecimientos históricos, donde el erotismo estructuraba su texto al fusionar literatura e historia.

“El nacimiento de las *amateurs*” es el nombre del segundo capítulo. En este caso Smith se focaliza no solo en el desarrollo de la historia *amateur* de las mujeres del siglo XIX y XX; sino también analiza cómo el contexto económico, político y social se relaciona con los nuevos estereotipos de género e influyen en la producción historiográfica de estas autoras. Además, argumenta que las mujeres intelectuales de la época victoriana no se sentían cómodas con los roles de género que la sociedad marcaba, y destaca como la masculinización fue necesaria para que pudieran adentrarse en las editoriales y comercializar sus manuscritos. En conclusión, Smith interpreta el amateurismo como un producto del trauma que el patriarcado produce sobre las mujeres, resultado de la constante violencia, abusos, violaciones y humillaciones a las que están sometidas las autoras europeas, especialmente las autoras francesas, durante los siglos XIX y XX.

En el tercer capítulo, “¿Qué es un historiador?”, Smith nos invita a reflexionar sobre cómo la presencia autoral de la historiografía fue “atribuida al género masculino y cómo adquiere entidad” (p. 171) al ser enlazada a un relato original masculino, copiado por una “falsificadora” femenina. Smith expone cómo muchos académicos del siglo XIX, como Monod, lograron producir grandes obras gracias a que sus esposas, además de encargarse de las tareas domésticas, realizaban avances dentro de los campos de investigación de sus maridos, sin recibir crédito alguno por su trabajo. Un ejemplo notable es el de Lucien Febvre, en las que tanto su esposa como su amante contribuyeron significativamente en su éxito. Varga, historiadora, asistente y amante de Febvre, perdió su trabajo por poner en peligro la posición y relación del aclamado historiador; fue despedida y nunca volvió a trabajar en el campo histórico. Además, analiza la formación temprana de historiadores reconocidos, como Motley, Macaulay, Leopold Von Ranke, Maitland entre otros, quienes asistieron a internados de élite. Este aislamiento —la separación del hogar y la figura materna— nutre la representación clásica del historiador que busca la verdad objetiva dentro de los

archivos estatales. En síntesis, el capítulo explora la relación casi dialéctica entre el género y la historiografía, el Estado y el mundo doméstico, y la tensión entre autoría y objetividad, elementos clave dentro del quehacer historiográfico.

En el capítulo titulado “Las prácticas de la historia científica”, Smith analiza los inicios de la profesionalización de la disciplina durante el siglo XIX, con especial atención los seminarios impartidos por Leopold Von Ranke. En este apartado, la autora estudia como los espacios de producción histórica se construyeron como entornos masculinizados, replicados incluso en los estudios hogareños, con el fin de protegerlos de la amenaza femenina. En contraposición, se presenta a los documentos de los archivos bajo metáforas sexualizadas; en otras palabras, se los interpreta como corporalidades feminizadas que los encandilan y obsesionan, a las que deben salvar o conquistar. De esta manera, Smith muestra cómo el historiador habita y construye la producción histórica.

El quinto capítulo, “Hombres y hechos”, se focaliza en la influencia que tuvieron las ciencias naturales en la construcción del método histórico. Smith sostiene que los historiadores del siglo XIX observan las corporalidades en los espacios domésticos, comerciales e industriales de la misma manera en que los científicos analizaron las rocas, plantas y otros elementos de la naturaleza. Además, nos invita a reflexionar, mediante el entendimiento del contexto sociopolítico, cómo se convirtió el estado en objeto de estudio de la disciplina histórica. Por último, analiza al historiador como una construcción masculina, donde lo femenino era descalificado por considerarse carente de universalidad.

En el capítulo anterior, Smith nos presentó la construcción masculina de la disciplina histórica y cómo se silenciaron las voces de mujeres, niños y “gente del común”. En este apartado, titulado “Alto amateurismo y el pasado panorámico”, se centra en la construcción de un tema y estilo literario caracterizado en lo carnavalesco, lo espacial, lo agradable y lo impotente desarrollado por las escritoras femeninas durante el último tercio del siglo XIX e inicios del siglo XX. Estas autoras buscan rescatar del sesgo de género y clase a las mujeres pobres, atrapadas en situaciones fuera de su propio control. El análisis de Smith se enriquece al vincular este estilo con el avance del feminismo, el darwinismo social, el crecimiento de la clase obrera y los cambios legales que atañen a la figura de la mujer. La historia *amateur* permitió a los lectores adentrarse y vivenciar

como protagonistas la historia que leían, transformando los trenes en las salas de lectura predilectas para este tipo de producción historiográfica.

En “Mujeres profesionales, un tercer sexo”, la autora analiza la profesionalización de las historiadoras, la percepción de sus propias identidades y cómo estas se contraponían al ideal hegemónico de la mujer. En este contexto, una mujer podía tener características consideradas viriles y tener éxito en una carrera profesional, evitando la maternidad y otros aspectos relacionados con el ideal de la mujer hegemónica del siglo XIX y XX. Asimismo, Smith lleva a cabo una investigación exhaustiva sobre el balance que debían realizar las mujeres profesionales para desarrollar sus carreras y poder sustentar sus vidas. Estudia los espacios de trabajo destinados a las mujeres dentro de los archivos, donde resaltaba el rol doméstico y de cuidado que allí desempeñaban.

En el último capítulo de su entrega, “Modernismo, relativismo y vida cotidiana”, Smith realiza un análisis donde integra el modernismo y la nueva imagen del “yo historiador”, así como el papel que cumplieron las historiadoras entre 1890 y 1940 al insertarse dentro de la disciplina. Su estudio abarca los cambios que experimentó la escritura histórica masculina y femenina. Al igual que en el resto de su libro, examina cómo el contexto sociopolítico, las necesidades estatales y las guerras civiles influyeron en el desarrollo de la disciplina histórica.

En conclusión, la tesis de Smith presenta un sólido marco teórico y un extenso anexo bibliográfico que incluye cartas y fuentes primarias que respaldan sus ideas. Además, más allá del análisis técnico de la obra, es una lectura que busca reivindicar la voz histórica de las mujeres, junto con la contextualización y corporeización de los espacios que habitan, lo que lleva al cuestionamiento del severo androcentrismo que acompañó la consolidación de la disciplina. Así, la obra dialoga con autoras como: Joan Wallach Scott, quien en *Gender and the Politics of History*³ sostiene que el género es una categoría analítica clave para reinterpretar el pasado; Carolyn Steedman, en su obra *Polvo: el archivo y la historia cultural*⁴ analiza el acceso desigual de las mujeres a los archivos y como esto se refleja en su quehacer historiográfico. Otra autora que estudia las formas en que la mujer se insertó dentro del espacio académico, y como esta se relacionó con la

3 Joan Wallach Scott. *Gender and the Politics of History* (Nueva York: Columbia University Press, 1988).

4 Carolyn Steedman, *Dust: The archive and cultural history* (New Brunswick: Rutgers University Press, 2002).

escritura es Karen Offen, que participó como editora del libro *Escribir la historia de las mujeres: perspectivas internacionales*⁵. El mismo se complementa con el texto de Margaret Ezell, *Escribiendo la historia literaria de las mujeres*⁶ proponiendo una reevaluación de las obras de diversas mujeres y analizando el rol que ocuparon las escritoras e historiadoras dentro de la academia. Por último, el trabajo de Gerda Lerner *La mayoría encuentra su pasado: situar a las mujeres en la historia*⁷, quien analiza como las mujeres han sido excluidas dentro de la producción histórica, en sus escritos Lerner pretende recuperar la historicidad y la agencia de las mujeres en tanto sujetos y agentes de la historia. Al incluir y contextualizar el libro de Smith dentro de este corpus académico, nos permite pensar y reflexionar en nuevos aportes a la historia de género, reflexionando sobre una historia descentrada desde una perspectiva novedosa, basada en una revisión de la historia desde otro ángulo.

5 Karen Offen, Ruth Roach Pierson and Jane Rendall (eds). *Writing women's History: International Perspectives* (Londres: Macmillan; Bloomington: Indiana University Press, 1991).

6 Margaret Ezell, *Writing women literary history* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1993).

7 Gerda Lerner, *The majority finds its past: placing women in History* (Nueva York: Oxford University Press, 1979).